

Campanas de duelo

FERNANDO DE ARTACHO

algaida



Primera edición: 2016

© Fernando de Arctacho, 2016

© Algaida Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-699-8

Depósito legal: SE. 1450-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I.....	9
II.....	53
III.....	69
IV.....	108
V.....	155
VI.....	175
VII.....	194
VIII.....	218
IX.....	251
X.....	282
XI.....	305
XII.....	332
XIII.....	377
XIV.....	402
XV.....	444

I

TRIANA VELABA QUIETAMENTE LA TEMPLADA NOCHE DE mayo que ya anunciaba la canícula secular de la tierra sevillana durante el estío.

Las barcazas, falúas, pequeños barcos camaroneros y botes de humildes pescadores reposaban en las quietas aguas del Guadalquivir. Las tenues luces de los grandes fanales de popa, que alumbraban los barcos de la Real Armada, daban luz necesaria para los centinelas que hacían guardia sobre la cubierta de los navíos de su majestad don Felipe II. Esos barcos custodiarían la flota de Indias que en breve plazo partiría rumbo a tierras americanas, siendo blanco apetecido por las potencias enemigas de España y por los piratas.

Las viejas casas trianeras se cubrían con la sombra de las airosas torres de Santa Ana, Nuestra Señora de la O y las espadañas de los conventos de clausura, mientras que la luna llena reflejaba sus rayos plateados sobre tejares vidriados y adornos cerámicos de las azoteas. Nada turbaba la paz de aquella noche serena; las casas decentes echaban los cerrojos tras el toque de ánimas y sus moradores buscaban la conversación quieta o el descanso reparador de la noche.

Poco después se abrirían otras puertas menos respetables, las sórdidas mancebías y las timbas comenzaban su jornada con el público más peligroso y menos recomendable de la ciudad. Marineros deseosos de probar fortuna con los naipes y los dados, o gastar su paga entre los brazos de rameras de la más baja estopa, con sus caras embadurnadas con baratos afeites que se corrían con el sudor, dándoles una apariencia grotesca, cuando no de criaturas diabólicas. Estas hembras de mala fortuna hacían la calle embozadas, amparándose en los oscuros huecos de la muralla del Arenal, desde donde dejaban ver una pierna desnuda, o alguna de las partes de su cuerpo más apetecibles, de forma insinuante cuando pasaba cerca algún posible cliente.

El Hospital de Mujeres estaba lleno de meretrices con enfermedades venéreas, sin cura posible, en espera de la cruel muerte a la que le había llevado aquella terrible y miserable vida. En el Hospital de las Bubas no corrían mejor suerte los clientes contagiados del mal francés o cualquier otra dolencia por el trato carnal.

Los asesinos a sueldo, espadachines, bravucones, jayanes, descuideros y demás servidores del hampa se hacían dueños de la noche; en aquellas horas sin luz tan sólo reinaba su ley, la del más hábil, más diestro o más discreto; hábil con los naipes y dados, diestro con la espada o las dagas y discreto a la hora de poner tierra de por medio tras cometer un delito o ajustar cuentas pendientes. Entre sus víctimas se encontraban confiados forasteros que buscaban solaz en la noche tras cerrar sus negocios en la capital del imperio, tahúres con tan buena suerte en los juegos como peligrosos enemigos a los que habían desplumado o burladores del honor de algún caballero cornudo, quien pagaba por la muerte del amator de su esposa.

No faltaban las meretrices de altos vuelos que recibían en lujosas casas a señores cubiertos y embozados, eran las menos. La mayoría de las prostitutas sufrían una agobiante pobreza, entre ellas muchas madres solteras que habían sido expulsadas de sus casas por el honor mancillado. No podían trabajar en prostíbulos, bien por no ser agraciadas de físico, bien por haber contraído alguna enfermedad que motivaba su expulsión de las mancebías. Tenían el pecado marcado en sus rostros, desfigurados por graves padecimientos venéreos; buscaban clientes entre los marineros, los vizcaínos del barrio de la Mar y entre los desechados de la fortuna, quienes sólo podían relajar su lujuria con unas pobres monedas de cobre reseñadas. La oscuridad de la noche y las toscas pinturas disfrazaban sus deformados rostros, que incluso llegaban a parecer agradables a los ebrios clientes en sus ensoñaciones étlicas.

Como si fueran animales terminaban holgando entre los cañaverales del río, junto a los desagües de viejos galeones, o sobre fajos de mercancías de contrabando, que intentaban evadir el impuesto de la Real Aduana en el anonimato de las sombras.

El puente de barcas había cerrado sus cadenas para evitar el tráfico de mercadería ilegal, quedando la ronda de la Santa Hermandad apostada en el muelle de la Sal. La corrupción era moneda habitual de cambio, los centinelas de las puertas y portones, aliviados con bolsas repletas de plata, y desinhibidos con unos vinos de Jerez obsequiados por los traficantes, hacían vista gorda al contrabando.

De vez en cuando, una leve brisa llegada de las costas gaditanas regalaba el descanso de los durmientes más inquietos.

La noche proseguía con una cadencia lenta y cansina, apurando su devenir entre leves sonidos y sus costumbres arcaicas: rezos a mitad de la madrugada en numerosos conven-

tos de la ciudad, cumpliendo así las severas reglas de órdenes monásticas de clausura; el paseíllo de la ronda por barrios con un caballero veinticuatro a su mando, el continuo rodar de los dados sobre alguna timba improvisada en un apartado callejón de la ciudad, el ruido de los lupanares donde el vino había elevado la voz de sus clientes, el quejido roto y bronco de un cantador de la cava, o el doliente de quienes veían llegar la muerte sin confesión tras ser malherido en robos o ajustes de cuentas. No faltaba el sobresalto del férreo ruido de espadas al reñir con fiereza en la soledad de la madrugada, mientras la fortuna rifaba la vida que sería segada aquella noche de duelo a muerte, noche de agravios, de infamia, de honor reparado con sangre o hundido en el desdoro más mísero de la cobardía.

Pero algo rompió el descanso del barrio mariner, un tañido de campana lento, agudo, con un profundo eco que parecía eterno y venido del otro mundo, comenzó a sonar desde la torre de la parroquia de la O. Un toque a muerto, pausado pero incesante, lastimero e inquietante.

Poco a poco, las ventanas de la calle Castilla comenzaron a iluminarse con los candiles y velones que sus inquietos moradores acercaban al exterior para intentar adivinar qué sucedía; podía acechar algún peligro, pues sólo tocaban las campanas a deshoras cuando alguna desgracia se cernía sobre la ciudad. Unos mostraban enfado por aquel toque tan a deshora, otros decidieron salir a la calle y ver qué ocurría.

Se habían encendido las antorchas en el castillo trianero de San Jorge, los ventanales de sus grandes torres se iluminaron. Era la sede del temido Tribunal de la Santa Inquisición, donde los inquisidores, calificadores, notarios y familiares del Santo Oficio compartían espacio, en dependencias cercanas, pero muy diferentes, con los presos que aguardaban sentencia o el traslado a los calabozos secretos.

También se iluminó una modesta vivienda adosada a la parroquia de la Nuestra Señora de la O; era la casa de don Lope de Céspedes, párroco de aquella iglesia.

—¡Dios mío, Dios mío, qué voy a hacer con él! —clamaba levantándose del catre e intentando mantener el equilibrio mientras vestía su negra sotana—. ¡Este hombre va a terminar conmigo...! ¡Carmen!, ¡Carmen! —gritaba a la criada—, ¿dónde habéis puesto mi bonete? Diego me tiene hasta la coronilla... Es la última, o deja el vino o le echo a la calle... ¡Lo que me faltaba!, ¡esto es ya lo que me quedaba para que su eminencia me llame a capítulo!

—Don Lope, aquí tenéis vuestro bonete, os lo dejo en la entrada, donde siempre —dijo la criada desde la puerta, sin atreverse a entrar.

—Decid al cochero que encienda dos farolillos y coja las llaves de la iglesia, le espero en la puerta; ¡que vaya presto!

Con un genio que le hacía subirse por las paredes, el presbítero y su criado entraron en la parroquia, tenía por seguro que Diego el campanero estaría durmiendo la borrachera allí después de su hazaña nocturna. Pero, tras buscarle en las dependencias y entre los bancos de la iglesia, no le hallaron.

El párroco decidió acercarse al corral de vecinos donde vivía el campanero, junto a Santa Ana; se habría retirado a dormir la cogorza tras el lúgubre repique que despertó a toda Triana y a toda Sevilla de su descanso nocturno, alarmando a la población.

Por el camino encontró algunos vecinos que habían salido a las puertas de sus casas, otros sólo se asomaban. Preguntaban a don Lope por el origen de aquel tañido a muerte.

—¡Diego, ha sido Diego!... ¡No puede ser otro...! —respondía mecánicamente sin aminorar el paso, mientras se lo llevaban mil diablos.

Por las calles y barreduelas trianeras comenzaron a correr todo tipo de especies, se decía que había muerto un gran señor, por ello el repique a deshora; algunos afirmaban que el asistente de la ciudad entregó su alma mientras dormía. Otros, más atrevidos y en voz baja, que era al mismísimo rey a quien había visitado la parca esa noche, y no faltaba quien hacía ya en el reino de los justos a Su Santidad el Papa.

En la mente del cura no dejaba de dar vueltas al seguro rapapolvo que le esperaba del señor cardenal; sólo él era responsable de aquel borracho que acogió como campanero por caridad. Ahora que se postulaba su nombre como futuro arcediano de Niebla, este hecho le podía apartar de tan alta dignidad y dejarle en la parroquia otra buena temporada.

Al entrar en el corral había un buen revuelo armado, allí también reinaban mil habladurías; el toque fúnebre despertó a sus moradores, quienes se hacían eco de las mil suposiciones que volaban por las calles y aumentaban en gravedad de boca a boca.

Todos se acercaron a besarle la mano; don Lope, sin pararse con ellos, aligeró su paso y subió de dos en dos los escalones que daban a la planta superior del corral de vecinos. No tuvo que abrir la puerta de la pobre covacha que habitaba el campanero, pues sólo la franqueaba una sucia cortina de estameña.

La mujer besó la mano del sacerdote; tras ella, echado en un jergón de paja, el campanero dormía su monumental borrachera. El ambiente de aquel cuartocho estaba cargado por el olor a vino agrio que despedía el estómago de aquel hombre a través de sonoros ronquidos.

—¡Menuda la ha montado vuestro esposo! —bramó don Lope sin apenas mirarla, mientras se acercaba a zarandear al durmiente.

—No os entiendo, su ilustrísima —dijo Marta, la aturrida esposa dando el tratamiento de quien también era canónigo de la catedral hispalense.

—¿No...? ¡Toda Triana y Sevilla despiertan con el tañido de las campanas y el autor de este desaguisado dormido profundamente entre los brazos de Baco!

—Ilustrísima —respondió mientras comprobaba como su marido no reaccionaba a los empujones del calonge—, también me ha despertado el toque a muerto, pero os juro que Diego no ha salido de casa en toda la noche, nada tiene que ver en ello.

—¡No juréis en falso, mujer!

—No lo hago, señor; Diego llegó muy temprano, bastante dañado por el vino como tiene de costumbre, se acostó y no ha despertado, ni las campanas le han devuelto a la vigilia.

—¡¿Entonces quien las ha tocado?! ¿Yo? ¿Carmen? ¿Mi cochero? ¿O quizás el mismísimo diablo?

—No lo sé, su ilustrísima, pero mi Diego no ha sido; será un borracho, pero no es un mal hombre, vos lo sabéis, no hace mal a nadie, y, aunque es blanco de chanza de muchos desalmados, no tiene maldad alguna. ¿Cómo iba a hacer algo contra vuesa merced al que tanto debe y respeta, contra la Iglesia?

Don Lope había dejado de zarandear al campanero, pues este no respondía. Creyó a la mujer, era su confesor, sabía que nunca le mentiría.

—¿Entonces quién ha sido? —dijo más para sí que para ser oído por la esposa del bebido—. ¿Qué mala broma es esta?

La mujer permanecía sin hablar.

—¿Tenéis las llaves de la parroquia?

—Ahí están —respondió señalando un clavo junto a la puerta del que colgaban las mismas.

—¿Está segura de que nadie ha podido coger las llaves esta noche?

—Imposible, su ilustrísima, duermo junto a la puerta; tengo un sueño muy ligero, me hubiera despertado tanto al cogerlas como al devolverlas.

—Bueno, Marta; dádmelas y decidle a Diego que mañana abrirá la parroquia el cochero.

Don Lope de Céspedes abandonó aquella casa contrariado. Si nadie había cogido las llaves a Marta era seguro que alguien de su confianza tomó las suyas propias. Pero, ¿quién y para qué? Sus servidores eran personas honradas, serias y leales; se lo habían demostrado a lo largo de muchos años de servicio.

Su estado de nervios se relajó cuando recordó que su eminencia el cardenal debía estar de visita pastoral por los pueblos de la serranía; tardaría unos días en volver, para entonces todo se habría calmado y ya tendría la explicación de aquel suceso. Pero estaba equivocado, a primera hora de la mañana se encontró con la visita de dos sacerdotes llegados en un carruaje, uno le sustituiría en la primera misa del día, el otro lo llevaría a presencia del príncipe de la Iglesia.

—¡Pero don Lope, cómo podéis decir que no tenéis explicación del suceso! Vos y sólo vos sois el responsable del gobierno de vuestra parroquia, quien debe custodiar sus llaves; unas llaves que no sólo pueden abrir las puertas a ladrones, sino a algo peor, a sacrílegos profanadores...

Don Lope mantenía la cabeza alta pero la mirada baja en señal de humildad, no sabía qué responder.

—¿Y sabéis que es lo peor de todo?, ¿lo más grave del caso?

—Lo ignoro, eminencia...

—¡Pues que ese tipo de toque es el que se hace a la muerte del rey...! Hoy me lo ha comunicado el asistente personalmente antes del coro.

Los pelos se le erizaron al canónigo.

—¡Por un día, por un solo día!, hoy mismo marcha su majestad don Felipe de la ciudad, hubiera sido de menor gravedad el hecho si ya hubiese partido... Por fortuna, el rey desconoce el lenguaje de las campanas y el asistente ha convencido al gentilhombre maestro de ceremonias, pariente suyo y el único que ha identificado ese tipo de repique, para que no diga nada y así no empañar los grandes días disfrutados en Sevilla... Esto no puede repetirse, don Lope; el notario apostólico don Pedro de Cifuentes irá esta misma tarde con un maestro cerrajero a cambiar las cerraduras de vuestra parroquia; os quedaréis con una llave y sólo vos podréis tenerla, sin hacer copia a nadie, colgadla de vuestro cuello y no os la quitéis ni para dormir; otras dos quedarán en mi poder, a buen recaudo. Don Pedro levantará acta del cambio; ahora id con Dios, debo preparar la despedida de su majestad.

Don Felipe II abandonó Sevilla el 16 de mayo, tras permanecer en ella quince días, y lo hacía con la misma solemnidad y boato de su entrada.

Con la guerra de Granada, motivada por la rebelión de los moriscos, el rey envió a su hermano don Juan de Austria a ponerse al frente de las huestes reales que combatían contra los rebeldes. En 1570 su majestad decidió viajar a Córdoba para estar cerca de sus tropas, y desde allí escribió al asistente de Sevilla para que hiciera un nuevo llamamiento a los caballeros hijosdalgos sevillanos, debían acudir a la guerra granadina. El 5 de abril el cabildo de la ciudad acordó obedecer al llamamiento de don Felipe, alistándose al mismo lo más granado de la nobleza; fue el primero don Fernando Enríquez de Ribera, hermano del duque de Alcalá, al que siguieron don Pedro López Portocarrero, don Alonso Añasco de Ribera, don Álvaro de Guzmán, Señor de Fuentes; don Ruy López de Ribera, Señor

de la Torre; don Per Afán de Ribera y muchos otros; aunque se suspendió de momento el alistamiento.

Pero estando tan cerca de Sevilla el rey, y no habiéndola visitado nunca, el cabildo acordó invitarle para que la honrase con su presencia; don Felipe aceptó y, desde entonces se pregonó su llegada a la ciudad y todos fueron preparativos para darle la más solemne y esplendorosa recepción. Antes que el rey, llegó don Fernando Carrillo, Conde de Priego, que venía a sustituir en la asistencia de Sevilla al Conde de Monteagudo.

El regimiento y cabildo de la ciudad acordó formar diputaciones que se encargaran de realzar el magno acontecimiento que tendría lugar a primeros de mayo. La entrada de su majestad sería por la Puerta de Goles, pues la de la Macarena, por donde siempre entraban los reyes, quedaba ya pequeña para las multitudes que acudirían. A partir de entonces a la Puerta de Goles se le mudaría el nombre por el de Puerta Real.

Las primeras autoridades, que precedieron la llegada del séquito de don Felipe, fueron el cardenal don Diego de Espinosa, presidente del Consejo Real, junto a los demás ministros que aguardarían la llegada del rey. Entraron en la ciudad en la tarde del 29 de abril, siendo recibidos por el Cabildo de Sevilla, la Real Audiencia y la Universidad. Se les buscó acomodo en el suntuoso palacio de don Juan Antonio Vicentelo, el noble más rico de su época. Ese mismo día el rey pernoctó en La Rinconada y el 30 de abril llegó a San Jerónimo; allí le aguardaba una suntuosa barcaza, con los más lujosos adornos y mejores comodidades, en la que viajó hasta la casa conocida por las Aceñas de Doña Urraca. El 1 de mayo don Felipe salió de esa casa, iba acompañado de sus sobrinos los príncipes Ernesto y Wenceslao, el cardenal presidente del Consejo Real y la grandeza de España. Se había levantado una majestuosa tienda en un lugar cercano al molino llamado de Camargo, en el

que esperaba la llegada de la ciudad y demás autoridades a rendirle pleitesía mediante el besamanos. El cabildo hispalense fue el primero en llegar; al frente iban el asistente, acompañado de don Diego de Sandoval, alguacil mayor y don Juan Gutiérrez Tello, alférez mayor, el Conde de Olivares, don Pedro de Guzmán, alcaide de los Reales Alcázares, y el Duque de Arcos como alcalde mayor. Todos ellos y los caballeros veinticuatro vestían ropas talaras de terciopelo morado forrado de raso blanco, los jurados de terciopelo carmesí y forros amarillo.

Tras la representación senatorial de Sevilla, pasó a cumplimentar a su majestad el cabildo de la Santa Iglesia Catedral, con su deán a la cabeza, don Cristóbal de Padilla; la Universidad, Casa de la Contratación y el Consulado.

Al pasar la Puerta de Goles, don Felipe pudo ver el primer arco triunfal levantado en su honor; era majestuoso, con bellas esculturas y pinturas y con una inscripción en la que Sevilla decía a su rey:

Entra el rey para mí dichoso con próspera estrella, con los buenos auspicios de Fernando, y con los Santos que me favorecen. Tengo en poco las riquezas en comparación del amor del Rey; recibe el corazón de tu criada, soy tuya, y vivo en tu servicio.

Junto a las estatuas, la que representaba a la ciudad ofrecía su corazón a don Felipe, a sus pies un cuerno de la abundancia del que salían frutas, joyas y monedas de oro.

La inscripción terminaba:

El Senado y Pueblo de Sevilla dedicó la puerta Real a Don Felipe II, Rey de las Españas, defensor de la Fe, por su bienaventurada venida a esta Ciudad en el año de nuestro Salvador de 1570.

Su majestad entró bajo palio de artísticos varales de plata repujada y techo en brocados de seda con bordados en oro

y plata. Sería portado por los más distinguidos caballeros veinticuatro. El asistente rogó al rey que jurase observar y guardar los antiguos privilegios de la ciudad, como habían hecho su padre, el emperador don Carlos, y demás regios antepasados. Don Felipe aceptó, por lo que se llevó ante su presencia un magnífico ejemplar de los Sagrados Evangelios y una cruz de esmeraldas; un escribano de cabildo recibió el juramento del monarca con la regia mano puesta sobre los Evangelios. Tras el juramento el asistente le entregó las llaves de la ciudad, que tomó como suya, y luego la devolvió, comenzando el recorrido por las calles sevillanas.

Abrían la comitiva los maceros de la ciudad; en la misma no sólo iba el cortejo real con sus ministros, gentilhombres y las autoridades de la ciudad, sino otras personalidades de alto rango que fueron a cumplimentar a su majestad, como el Duque de Medina Sidonia, el Marqués de La Algaba y el obispo de Cádiz; el rey iba a caballo.

La ciudad se llenó de arcos triunfales adornados por los más diestros artistas del momento, de las ventanas de las casas nobles pendían lujosos tapices y colgaduras, las más humildes lucían colchas de vivos colores y guirnaldas con flores entrelazadas. Las demás autoridades, las milicias que cubrían el recorrido y los gremios vestían sus mejores galas.

A través de la calle de las Armas llegaron al barrio del Duque, donde su majestad pudo observar el magnífico palacio de Medina Sidonia. Desde sus ventanas engalanadas, las damas de la casa, parientes y servidores de mayor rango veían pasar la comitiva real. Cruzó la calle de la Sierpes hasta la plaza de San Francisco y, desde allí, por Génova, llegaron a la puerta principal de la Santa Iglesia Catedral, donde le esperaban el deán y cabildo eclesiástico, al que se había sumado el clero con sus respectivas cruces parroquiales ordenadas por antigüedad. Las

dignidades, canónigos, y racioneros vestían sus capas para los días de solemnidades; el deán esperó que don Felipe bajase del caballo, luego le dio a besar el Santo Lignum Crucis y le tomó juramento de respetar los privilegios de la Iglesia Hispalense. Terminadas estas ceremonias entró bajo palio en el templo, se postró y rezó ante el Santísimo, luego visitó la capilla de Nuestra Señora de la Antigua y la de los Reyes, a quien llamó «*reina de las imágenes*». Tras el solemne *Te Deum Laudamus*, salió por la puerta de los Naranjos, montó en su caballo y se dirigió a los Reales Alcázares, cuyo alcaide, don Pedro de Guzmán, conde de Olivares, había mandado exornar con gran lujo y ostentación, preparando dependencias para los más ilustres acompañantes del monarca que debían quedar a su servicio.

Pasó don Felipe quince días en la ciudad, donde visitó las más hermosas iglesias, asistiendo a sus famosos y solemnes cultos, que competían en grandeza con los de Roma. Los caballeros prepararon para su deleite juegos de cañas y toreo a caballo, fuegos de artificio y fiestas; tampoco faltó la visita del monarca a las casas de los grandes sevillanos que deseaban agasajarle, cada uno compitiendo en el mayor lujo y dispendio por obsequiar al rey; la visita del monarca era el mayor honor para la casa y conllevaba un importantísimo y antiguo privilegio, los palacios que visitaba el rey tenían la prerrogativa de colgar en su balcón principal gruesas cadenas de hierro, era el símbolo de la visita regia, y en el sillón que se había sentado el rey se colocaba una espada desenfundada en señal de su real asiento y nunca más podría sentarse nadie en él.

En el tiempo de la visita, su católica majestad pasó tres días de retiro espiritual en el convento de Santa María de las Cuevas, visitó y rezó ante el sepulcro descubierto de su antepasado, el Santo Rey don Fernando III, que ganó la ciudad a los moros.

Si la entrada de don Felipe había sido de tal grandeza que sorprendió al propio monarca, su despedida no fue menor en lujo, lucimiento y solemnidad; además, la ciudad dio al rey seiscientos mil ducados, por vía de empréstito, para su viaje y casamiento. El monarca agradecido por la grandeza con la que le había agasajado Sevilla, pidió al cardenal Espinosa, presidente del Consejo Real, que diera las gracias a la ciudad en su nombre; también concedió algunas mercedes a ilustres señores, sobre todo a los que le estaban ayudando en la guerra de Granada.

La salida de don Felipe había dejado al pueblo sevillano tan lleno de vivencias y emociones como cansado; las fiestas duraron hasta bien entrada la noche, cuando empezaron a retirarse a sus casas.

Empleados del arzobispado, por orden superior, habían hecho correr por los mentideros de la ciudad la especie de que el toque lastimero de la noche anterior había sido producto del delirio etílico de un antiguo servidor del rey, que hurtó la llave de la iglesia y pretendía dar a conocer el pesar de la ciudad por la marcha de tan querido monarca.

Pero esa noche, a la misma hora, se repitió aquel toque fúnebre; los tañidos de las campanas eran más profundos que la jornada anterior y sus ecos parecían eternos.

El canónigo se levantó sobresaltado en su cama, se tocó el pecho comprobando que tenía la llave. ¿Cómo podía haber entrado gente en la iglesia si él era el único que tenía la copia de las llaves existentes? Saltó de la cama en camión de dormir y corrió a la puerta de la parroquia; le seguía la fiel Carmen con la sotana en la mano.

Con gran nervosismo metió la gran llave en la férrea boca de la cerradura, tras vencer los muelles que la protegían, la abrió y entró con un farol en la mano. Algunos parroquianos

de confianza se sumaron a la búsqueda del bromista, pero a nadie encontraron, no había el más mínimo rastro de persona alguna.

Al salir le esperaba en la puerta de la iglesia el caballero veinticuatro de guardia en la collación de Triana, don Rodrigo de Alvarado, le acompañaba la ronda armada.

—Don Lope, ayer pase, se nos dijo la causa..., pero hoy otra vez... ¿Qué sucede? ¿Sabéis algo?

—Don Rodrigo, como si el mismísimo diablo se hubiese llevado al burlón o fuese el propio Satanás quien tañera las campanas; no hay rastro alguno. Pasad y buscad vos mismo, puede que veáis algo que a estos ojos profanos a las pesquisas se les haya escapado, quizás logréis adivinar algo que yo no acierto a percibir. Pero tampoco los expertos ministros de la ronda hallaron vestigio alguno.

Afortunadamente para don Lope, el cardenal acompañó a don Felipe la primera jornada y luego iniciaría unas visitas pastorales que le tendrían ocupado unos días.

La noche siguiente sucedió lo mismo e igualmente la otra. El asistente de la ciudad acordó dejar un retén de vigilancia dentro de la iglesia, los soldados entrarían a escondidas para no ser vistos; permanecerían ocultos toda la noche en espera del bromista, para averiguar por dónde entraba, capturarlo y ponerlo a disposición de las autoridades.

Cuando comenzó el lastimero toque a muerto todos salieron de sus escondites, espada en mano, y corrieron hacia el lugar desde donde se tañían las campanas; pero no hallaron presencia alguna. La sogá permanecía moviéndose por la inercia del empuje, como si alguien hubiese terminado de zanzanearla; sin embargo, allí no había nadie.

Al propio don Lope, que esperaba impaciente en la puerta del templo, se le agrió el rictus cuando vio bajar a los

alguaciles de justicia con las manos vacías. El culpable debía entrar por algún lugar; las criptas de las iglesias sevillanas estaban llenas de pasadizos que cruzaban la ciudad, en previsión de que accediera por alguna de las bóvedas sepulcrales, el veinticuatro mandó cubrir las losas con sacos de arena de más de doscientos kilos sobre cada una.

Pero la campana seguía tañendo diariamente a la misma hora. Los curiosos llenaban las azoteas de la calle Castilla, los había llegados de todas las collaciones de la ciudad e incluso de pueblos cercanos, donde se corrió la voz; otros se agrupaban delante de la puerta esperando el repique de la campana y ver si en esa ocasión detenían al escurridizo autor de la fechoría, que llevaba interrumpiendo el sueño de la ciudad casi una semana.

Tras consultar con técnicos y peritos, el cabildo llegó a la conclusión de que sólo existía una posible explicación: alguien escalaba la torre por la parte trasera, no podían verle desde ningún ángulo, la tañía y luego bajaba por el mismo lugar sin ser descubierto. La torre no era muy alta, un buen escalador la treparía sin mucha dificultad, sin necesidad de cuerdas, apoyándose en los salientes, ventanas y huecos de ladrillos perdidos.

Don Lope propuso otra solución, se quitaría la soga del badajo, así era imposible el toque a distancia, a no ser que golpease la campana con algo, entonces el riesgo de ser descubierto sería mayor. Un pequeño retén debía esperar en un cuarto estrecho, se abría en un rellano a mitad de la escalera que subía al campanario; no tendría escapatoria posible.

Aquella noche las autoridades prohibieron que el público se asomara a las azoteas y se ordenó el toque de queda para impedir la presencia de gente en las calles. Querían atrapar al delincuente y la concurrencia de gentío podía hacerle desistir, quedando impune su delito.

El veinticuatro Alvarado permanecería escondido en un hueco encastrado en el último descansillo de la torre; al sonar la campana entraría de golpe, sin dar ocasión alguna a la huida del atrevido delincuente, y dando tiempo a que subieran los que estaban en el cuarto del rellano.

El toque fúnebre comenzó a las doce en punto, como todas las noches. El veinticuatro en tres zancadas subió los pocos escalones que le separaban de la entrada del campanario; la vieja puerta parecía trabada, pero tras dos envites cedió haciéndose astillas, segundos después llegaba la guardia.

Vio que el badajo continuaba moviéndose y haciendo sonar la campana, pero el burlador ya no estaba; seguro de capturarlo en su descenso, el veinticuatro se asomó al lienzo de la torre por donde debía bajar, pero tampoco había nadie.

Se volvió a la campana y al momento comprendió lo que sucedía, sintió cómo se helaba su sangre: el badajo no se movía por la inercia de alguien que lo hubiese impulsado instantes antes, sino por una fuerza misteriosa e invisible que no cesaba en su empeño.

Don Lope, impaciente porque el toque no concluía como los otros días, e ignorante de lo que ocurría arriba, subió a la torre lo más rápido que pudo. Cuando llegó contempló los rostros aterrorizados de los servidores del orden; miró la campana y enseguida advirtió lo sobrenatural de aquel fenómeno. Se santiguó rápidamente y, poniéndose de rodillas, pidió la intercesión de la Santísima Virgen María y la protección de San Miguel Arcángel, azotes del diablo, para conjurar aquel maleficio.

En ese mismo instante, el badajo, violentado por una fuerza sobrehumana, se arrancó de cuajo de la campana y salió lanzado por los aires, comenzando su veloz recorrido hasta chocar contra el suelo; entre el asombro y el estupor bajaron las escaleras, sus rostros estaban entenebrecidos.

Se había estrellado contra una gruesa losa de Tarifa en la base de la torre, rompiéndola en varios trozos y empotrándose en la piedra rota. El veinticuatro ordenó a su alguacil que lo desenterrase, pero el badajo quemó las manos del servidor de la ley. Tras varios cubos de agua para enfriarlo, y no sin esfuerzo, pudieron arrancarlo de su incrustación en el suelo; al ceder dejó al descubierto algo que brillaba y estaba sepultado en la tierra.

Don Lope ordenó al veinticuatro y a sus hombres que se apartaran; fue a buscar el acetre de agua bendita dentro del templo y, tras rociar con el hisopo aquel lugar, dio licencia para que extrajeran el objeto.

Era una urna de plomo macizo, parte de la tapa brillaba al haber saltado unas lascas con el golpe del badajo. El párroco la subió a su casa, le seguían el caballero veinticuatro con los alguaciles; se dirigió a su despacho, puso sobre la mesa un crucifijo, dos velas encendidas y entre ambas colocó el cofre. El veinticuatro y sus hombres estaban junto a él, don Lope deseaba tener testigos mientras maniobraba aquel objeto.

Su contenido le hizo dar un paso atrás; eran huesos calcinados, casi triturados, sobre ellos había un tubo de metal por el que asomaban los extremos de un gastado pergamino. El canónigo lo extrajo con sumo cuidado, al desenrollarlo cayeron de su interior restos de ceniza y carbonilla, que recogió con pulcritud y devolvió a la urna.

Luego acercó un candelero al manuscrito y comenzó a leer en voz alta:

Rogad a Dios por el alma del buen Antón González, campanero de la parroquia de Nuestra Señora de la O de Sevilla, a quien la malicia y la mentira llevaron a la hoguera. No descansen las almas de los culpables, ni las de los que lo permitieron, hasta que su buen nombre y cristiandad sean rehabilitados en la fe de Cristo de la que nunca renegó.

Tras leer el texto, el párroco advirtió que no había actuado con toda la discreción que aquel extraño caso requería. Exigió juramento y palabra de honor al veinticuatro Alvarado y a sus hombres, debían guardar riguroso secreto de todo lo visto y oído esa noche, mediando pena de excomunión *latae sententiae* que pediría al prelado, quien incumpliese el deber de secreto incurriría en esta pena *ipso facto*; sabía que don Rodrigo de Alvarado la cumpliría, no así sus hombres si no mediaba amenaza de excomunión.

—Señores —dijo el canónigo—, os ruego discreción absoluta, es más, en nombre de la Iglesia exijo vuestra palabra de honor de no decir nada de cuanto habéis visto y oído aquí, juradlo ante este crucifijo... Mañana llevaré personalmente esta urna a su eminencia el cardenal, él dispondrá lo que estime conveniente.

Sin embargo, las incontinentes lenguas de Sevilla, afiladas como dagas florentinas y venenosas como el áspid, ya habían comenzado su secular tarea muy de madrugada. Cuando don Lope llegó al Palacio Arzobispal encontró junto al cardenal, que había regresado la jornada anterior, a don Pedro de Zamudio, alguacil mayor del Santo Oficio.

El cardenal se encontraba sentado en el sillón que presidía el salón del besamanos, conversaba en voz baja con el miembro del Santo Oficio sevillano; cuando vieron al canónigo interrumpieron su conversa, pero ninguno se levantó.

—¿Cómo es que una campana toca sola, don Lope? —habló el cardenal sin mediar el saludo protocolario—. En verdad que es extraño tal fenómeno... Ninguno de nosotros acertamos a darle otra explicación que no sea la de una burla... Pero una burla tan bien pergeñada y llevada a término, que han escapado los hilos de su trama a los ojos de los más diestros pesquisidores y los oídos de los más audaces servi-

dores de la justicia... ¿Vos halláis alguna explicación? —preguntó el cardenal.

Con el preámbulo del cardenal, siempre dentro de su habitual reserva, don Lope se dio por advertido: el prelado sevillano no quería oír hablar de brujerías, pues sabía que ello podría dar paso a la jurisdicción del Santo Oficio y no era muy partidario de sus usos.

Pero el sacerdote había sido testigo directo de los hechos, no podía mentir y sólo acertó a contestar con cierto titubeo por miedo a contrariar la postura sugerida por el superior.

—A mí se me escapa la causa, eminencia..., también al caballero veinticuatro que me asistió...

—Ya, ya lo sé —interrumpió el cardenal—, el mismo asistente me ha enviado recado pormenorizado con todo lo sucedido en los días que he estado ausente.

—Eminencia, perdonad que intervenga sin ser requerido para ello —interrumpió el alguacil mayor—, pero este es un asunto que también se escapa de las manos de vuesa excelencia, toda vez que toca al Santo Oficio, por ello os pedí audiencia hoy; la nota hallada en el cofre así lo pone de manifiesto.

—¿Qué debemos hacer entonces, señor de Zamudio? —inquirió el prelado, quien recibía aquellas palabras con gran preocupación; aunque por otro lado se quitaba el peso de tener que entender sobre aquel insólito suceso; hecho cuyos ecos ya habían recorrido los mentideros de la ciudad, donde se contaban las más fabulosas y descabelladas ideas.

—No queda más remedio que iniciar una investigación. Por mi parte, tampoco creo que la campana tañese sola, por artificio de un demoníaco sortilegio; algo debe accionarla y ello se ha de averiguar. Y si es una burla, como ambos creemos, es una burla que implica al Santo Oficio y eso no lo voy a permitir.

—Pero, don Pedro, ¿no es extraño que el badajo cayese sobre la urna de un condenado por la Santa Inquisición? —intervino don Lope.

—Una casualidad, quizás provocada, quién sabe... Por ello la intervención del Santo Oficio, toda vez que toca a un penitenciado.

—Demasiadas casualidades por lo que veo... —Cortó el cardenal, quien ya se veía libre de su jurisdicción y decidió dar su sincera opinión—. Este caso puede tener los visos de algo sobrenatural... No pongáis esa cara de extrañeza, señor de Zamudío, vuestro tribunal ha conocido de casos más extraños que este, brujería y pactos diabólicos que terminan en la hoguera...

—Eminencia, no niego que pueda ser algo sobrenatural, pero me es difícil asumirlo. En los casos de brujería y pactos diabólicos hay siempre testigos de cargo y un sujeto inculpa-do, pero aquí sólo una campana que tañe sin ser tocada; falta un sujeto a quien investigar y los testigos.

—¿Os parecemos pocos testigos yo, el caballero veinticuatro y sus alguaciles? —intervino don Lope—. Vimos cómo tañía sola, sin ser tocada, y que el badajo se arrancó de forma sobrenatural, saltando por los aires incandescente... Y el sujeto, ese Antón...

—Bueno, don Pedro, creo acertada la jurisdicción del Santo Oficio para este caso —volvió a intervenir el cardenal, cada vez más aliviado de quitarse el asunto de encima—, nosotros no podemos hacer nada; sea cual sea la causa de este suceso es cierto que implica directamente a la jurisdicción inquisitorial. Nos tendréis al tanto de vuestros pasos, señor de Zamudío; en cualquier caso, esta noche dormiremos tranquilos, sin badajo no puede sonar campana alguna.

Pero se equivocó el prelado, a la misma hora comenzó a tañer la campana su gemido lastimero, tan largo y prolongado

que dio tiempo al propio alguacil mayor a llegar desde el castillo de San Jorge y subir a la torre.

Vio en primera persona cómo sonaba la campana sin que nadie la tocara. Miró y buscó alrededor suyo, pasó su espada por fuera y dentro de la campana, en busca de algún resorte oculto que la hiciera tañer; no encontraba nada. Por último, posó su mano, ya temblorosa, sobre la misma; el golpe seco de un badajo invisible le heló la sangre. Su razón quedó turbada unos instantes, el miedo le hizo abandonar el lugar rápidamente.

—¿Qué decís ahora, don Pedro? —preguntó el canónigo que le esperaba impaciente en la iglesia—. Por vuestro rostro veo que no os agrada cuanto habéis contemplado.

—Don Lope, os doy mi palabra de caballero que es la primera vez en mi vida que veo algo igual... ha sido sobrecolector... Ahora debo retirarme, he de pensar... Mañana mismo comenzaré las investigaciones, las llevaré personalmente. ¿Cuento para ello con la ayuda de vuesa ilustrísima?

—Me tenéis a vuestra entera disposición en cuanto estiméis que os pueda ser de utilidad a vos y al Tribunal del Santo Oficio.

El primer problema que se planteaba resolver la Inquisición era el toque de la campana, no cesaba; la ciudad era testigo de ese hecho día a día, las autoridades intentaban hacer creer que se trataba de alguna argucia que sería descubierta en breve, con ello pretendían frenar el miedo que comenzaba a violentar la ciudad. En los mentideros de las gradas y la lonja de mercaderes prosperaron mil historias fantásticas que, mezcladas con catastróficas profecías apócrifas, podían poner en peligro la seguridad ciudadana. Había quienes juraban haber visto un aquejarre de brujas, subidas en sus escobas, golpean-

do la campana; otros advirtieron apariciones fantasmagóricas que anunciaban el fin de los tiempos, tampoco faltaban quienes vieron al mismo diablo tañer la campana con su cola incandescente.

Tanto el cardenal como el alguacil mayor estaban de acuerdo en que era de vital importancia terminar con ese toque a muerto y luego hacer creer a la población que se había detenido al culpable, así se acallaban las lenguas y comenzaba la investigación secreta lo antes posible, sin presiones de la vecindad.

El cardenal convocó una reunión urgente, esta vez en su oratorio privado, sin más testigos que los presentes.

—Eminencia —dijo don Pedro de Zamudio—, si no atacamos cuantas historias corren por las calles mal vamos a poder inquirir, el pueblo está demasiado inquieto; estoy con vuestra excelencia en que debemos encontrar el medio de que la campana deje de tañer.

—Vos diréis, señor alguacil —intervino el prelado—, a mí sólo se me ocurre un remedio: desmontarla y trasladarla a algún lugar apartado, fuera de la ciudad... Sabed que el toque de los últimos días ha sido el que corresponde al fallecimiento de un príncipe de la Iglesia... Si es algo sobrenatural, un aviso para mí, estoy preparado para ir a la casa del Padre...

—Su majestad don Felipe goza de magnífica salud, a Dios gracias, y el primer día fue el tañido que corresponde a la muerte de un rey... Vuecencia estará conmigo que desmontar la campana daría que hablar, avivaría los mentideros más que calmarlos...

—¿Y acolcharla? —intervino el notario del secreto del santo tribunal, quien daba fe de cuanto allí se debatía y acordaba.

—Señor notario —respondió Zamudio—, si tañe sin badajo también lo hará recubierta de cualquier material; recuer-

de que su toque no es cosa humana... Quizás, si don Lope de Céspedes expusiera el Santísimo en la torre y la bendijera, puede que se deshiciera el conjuro...

—Me parece excesivo —intervino el canónigo aludido—, no debemos hacer uso de Dios presente en la eucaristía para algo que desconocemos. Además, no olvidéis que esa presencia extraña está en la casa del Señor, en una parroquia, por ello no creo que sea algo del maligno.

—¿Propone alguna solución su ilustrísima? —preguntó el cardenal, molesto por aquel estado de cosas que le superaban.

—Eminencia, si hay relación entre fenómeno de tan misteriosa naturaleza y los restos calcinados del antiguo campanero, que a todas luces parece haberla, soy de la opinión de que no estamos ante presencia diabólica alguna, sino ante el espíritu de un justo condenado cuya alma pide se reintegre su honor y se conceda descanso eterno a sus restos en lugar sagrado...

—¿Y bien? —inquirió impaciente el prelado.

—Evidentemente, hasta que no se demuestre la inocencia del ajusticiado no podrá ser sepultado en tierra sagrada, así lo estipulan los cánones; pero ello no debe obstar para que yo ofrezca todos los días un rosario y una misa por el eterno descanso de su alma... Quizás así calmemos ese espíritu.

—Pero, don Lope —intervino Zamudio elevando algo el tono—, estáis diciendo que el Santo Tribunal se ha podido equivocar condenando a un inocente, y eso es inaceptable; el Espíritu Santo lo ilumina en sus justas sentencias... También habláis de fantasmas, de ofrecer misas por un hereje condenado...

—Señor de Zamudio —contestó el canónigo—, no metamos al Espíritu Santo en asuntos de hombres y menos en esta materia. Un tribunal puede equivocarse, lo vemos con demasiada frecuencia en las ejecutorias de la Real Audiencia,

¿por qué no uno eclesiástico? ¿No fue condenado el más grande de los justos, nuestro Señor Jesucristo, por el más sabio de los tribunales de su época? Los hombres fallan y yerran como hombres que son; la única sentencia justa e inapelable es la de Dios, y si Él permite que el alma de un hijo suyo nos dé aviso desde el otro mundo, por algo será. Tened presente que no hablo de fantasmas sino de ánimas benditas, y recordad que vos mismo habéis tenido la idea de subir al Santísimo a la torre, como medio contra conjuros...

—Don Lope —advirtió el alguacil turbado por la contundente contestación del canónigo, que le dejó en evidencia—, estáis rayando en la heterodoxia, debéis tener cuidado con cuanto decís...

Esas palabras inquietaron al cardenal, quien se movió incómodo en el sillón patriarcal mientras su rostro se cubría de una seriedad extrema.

—Don Pedro, don Pedro... —dijo el canónigo con el tono y confianza de quien trataba a un amigo de muchos años—. ¿A estas alturas vais a tener duda de mi ortodoxia como cristiano? Me conocéis demasiado bien para saber como soy y cuanto pienso. Además, puedo ofreceros testimonio de un buen número de casos de personas que han sido condenadas por el Santo Oficio en el pasado y, con posterioridad, sus castigos levantados tras aparecer pruebas nuevas que los eximían de culpa alguna.

—Tenéis razón, don Lope, pero fueron casos de penas con castigos corporales, no al fuego de la hoguera; son cosas muy diferentes.

—Pues con más motivo, señor de Zamudio. ¿Quién va a tener el valor de defender la inocencia de un ajusticiado por el Santo Oficio sin sentir temor a que le acusen y a correr la misma suerte que él? No conozco un solo caso, ¿y vos?

El alguacil enmudeció, sabía lo sólido del razonamiento alegado por el canónigo, eran buenos amigos y le conocía bien.

—De todas formas —terció el prelado—, no veo mal que se ofrezcan oraciones por un difunto, sólo Dios sabe si se condenó o se salvó mediante un arrepentimiento sincero en el último instante de su vida. Aunque no puedo meterme en la jurisdicción del Santo Tribunal, sí puedo permitir misas por el alma de los difuntos, y ni vos, señor de Zamudio, ni yo, ni nadie, puede afirmar que el campanero se haya condenado... No caigamos en la soberbia humana de querer saber más que Dios.

Don Pedro aceptó a regañadientes, no podían perder tiempo, esa noche estaba toda la ciudad pendiente de que die-
ran las doce.

A las once el canónigo fue al sagrario y puesto de rodillas comenzó el rezo del santo rosario por el alma de Antón; esa noche sería la primera en la que no tañese la campana, a la mañana siguiente ofreció una misa por el descanso eterno del campanero de la O.

Se comunicó al pueblo que todo había sido la acción de un delincuente común ya detenido y estaba en espera de juicio, aunque pocos creyeron esa versión oficial y el pueblo continuaba inquieto, lo que podía provocar algunas revueltas que siempre eran aprovechadas por delincuentes, quienes sacaban ventaja de ellas con robos y saqueos. Pero el veinticuatro don Rodrigo de Alvarado era un hombre duro, se había ganado el respeto y la admiración de todos los estamentos desde su llegada a Sevilla y dominaba Triana con mano firme, pero también con justicia siempre.

La tensión que había existido entre don Lope y el alguacil mayor don Pedro de Zamudio no se debía a ninguna desavenencia personal sino a la experiencia que años atrás vivió el canónigo con el Santo Oficio.